

**DIRECTORA:**  
**SARA CASAL Vda. DE QUIROS**  
 Apartado 1239  
 Teléfono 3707  
 OFICINA mi casa de  
 habitación  
 BARRIO: La California  
 Av. 1ª Calles 27-29

# REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION SEMANAL PARA EL HOGAR

Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica  
 bendecida y aprobada por Su Santidad Pío XI

Suscripción Mensual

— de —

cuatro números

**₡ 1.00**

AÑO XII

San José, C. R., Domingo 27 de Junio de 1943

No. 558

## Para los Huerfanos



**Dos representantes de las fuerzas armadas de los Estados Unidos ofrendan a las huérfanas de un convento católico bárbara e inutilmente destruído por la aviación nazi, dos mil dólares que fueron colectados entre soldados y marinos para subvenir a sus urgentes necesidades.**

## El Santo de la Madre

Uno de los más espléndidos consoladores capítulos de la Teología católica es el que trata de la Comunión de los Santos.

El sistema constitucional fundamental de la sociedad católica, establecido con carácter inmutable por su inmutable fundador, Jesucristo, es insuperablemente perfecto y armónico. San Pablo, el teólogo más profundo del cristianismo, tal vez, nos da una magnífica idea de él, con la incomparable descripción del cuerpo y los miembros. Esa conexión íntima y vital que estrecha los miembros de un cuerpo, ilustra, con la imperfección de lo analógico, las relaciones orgánicas y espirituales de los fieles de Cristo que forman las tres grandes divisiones de la Iglesia católica: militante, purgante y triunfante.

Todos los ciudadanos de esos tres reinos, según la doctrina del Apóstol, no son más que un sólo cuerpo cuya cabeza es Cristo. Desde el último de los bautizados hasta la reina de los ángeles, María, todos forman parte de ese conjunto homogéneo y orgánico que recibe el influjo vital de su cabeza, Cristo Jesús, "a cuyos pies el Padre celestial riñó todas las cosas y le puso por cabeza de toda la Iglesia que es su cuerpo y su plenitud". (Eph. 1, 22 s.).

El dogma de la Comunión de los Santos es el fundamento de la invocación y la súplica a los muertos glorificados en el seno del cristianismo.

No hay república mejor organizada, más unida y armónica que la república cristiana que el 31 del cte. celebrará a uno de sus ciudadanos ilustres: San Ramón Nonato, ínclito hijo de la Orden Mercedaria.

En el reino celestial los Santos son los funcionarios públicos que administran la economía espiritual de la providencia de Dios. A San Ramón Nonato le ha tocado ser el Santo de la madre.

Su título se apoya sobre dos motivos gloriosos: es hijo de la Madre celestial y protector de la madre terrena; vivió y se santificó bajo la tutela maternal de María Sma. de la

Merced y el alumbramiento singular de su vida le constituye patrono de la madre y de los hogares cristianos.

La divina Providencia, que lo dispone todo con peso y medida para su mayor gloria y bien de la humanidad, ha dispensado a ésta una protección fundamental para su salvación: la protección a la cuna de los hogares cristianos.

El relajamiento de la moral cristiana está dando caracteres trágicos al clamor contemporáneo de los pueblos: nos suicidamos mediante la ausencia de las cunas, promisoras de la vida del mañana. La pavorosa desnatalidad que se observa en nuestros tiempos es el peligro más inminente y angustioso que deben afrontar los pueblos para no perecer. Se revertirá el camino, o se corre a la ruina. Camino a revertir no queda más que uno: el de la vida y moral cristiana en su pureza e integridad primitivas.

La plegaria para llegar a ser social debe empezar por el individuo. La constitución cristiana de la sociedad es íntima y se funda en la interioridad de los espíritus.

La plegaria e intercesión de los Santos es uno de los medios consagrados por la fe y la experiencia en el seno del cristianismo para conseguir esa intensificación y pureza de la vida espiritual. A este respecto, el aumento de una devoción sincera hacia el Santo protector de la madre prolífica, San Ramón Nonato, puede tener una influencia positiva en la solución del grave problema de la desnatalidad.

La devoción a San Ramón Nonato está llamada a ser la devoción de los tiempos modernos. La sociedad, que tiene su célula vital en los hogares moralmente sanos y numerosos, tendrá que volver sus ojos al cielo para implorar su reconstrucción inmediata; en San Ramón Nonato hallará un poderoso intermediario que le facilitará el camino.

De: "Revista Mercedaria". Córdoba, Argentina.

# Libros Venenosos

(2ª lista) de Verbum, Guatemala.

**LEON DAUDET** tiene en el Índice expresamente prohibidas las siguientes obras: **Las piezas de un proceso, la Acción francesa y el Vaticano** con prólogo de Ch. Maurras y León Daudet; **El Viaje de Shakespeare** ediciones del Capitolio y ediciones precedentes, **La política del Vaticano; Bajo el terror, 20 de septiembre, 15 de noviembre de 1927** con prefacio de León Daudet y epílogo de Ch. Maurras; **Las bacantes.**

Este escritor es hijo del celeberrimo Alfonso Daudet del que ya hablaremos. Es de un estilo brillante, satírico muy amargo, Periodista director de la **Acción Francesa.** Crítico, poeta, novelista y filósofo. Además de la acerbidad de su estilo, que a veces se pasa de la raya, pero que da mucha vida a cuanto escribe, todas sus novelas tienen páginas muy escabrosas y escandalosas. Su actitud en el asunto de la ACCION FRANCESA, en contra del Papa y los Prelados de Francia, le malquistó la estima de muchos católicos franceses, aun de su propio partido.

Entre sus novelas que incautamente leen muchísimas personas citaremos estas: **La llama y la sombra** (amor de dos muchachas, páginas sensuales, descripciones bellísimas de Italia). **El Astro negro** (alusiones oscuras a Víctor Hugo, páginas abominables) **Susana** (novela de incesto, falsa, abominable, indecente). **La Francia en alarma; Gérmenes y polvaredas; Hoeres; El país de los Parlamentarios** (todas con páginas escandalosas). **Los Kamtchatka** (sátira del snobismo). **Los Mortícolas** (sátira realista de los médicos; cuadro repugnante de las costumbres de la alta sociedad). **La repartición del niño** (víctima del divorcio). **Los Primarios** (con esta palabra de su invención Daudet designa a ciertos maestros, que con una superficialísima instrucción deciden dogmáticamente sobre grandes problemas de la historia y de la vida. El nombre fué feliz y ha quedado ya fijo para designar a esta especie de pedantes. Su libro es famoso, pero hay que leerlo con mucho cuidado). **La lucha**, novela de una curación (sin descuidar a la medicina, es necesario recurrir a la higiene

del alma y a la fe cristiana; alguna página lamentable). **Los dos apretones** (poco interesante, páginas voluptuosas). **La incomprensión** (novela de costumbres conyugales). **El lecho de Procluso** (contra la crítica quisquillosa). **Los que suben** (los que se alejan de la república atea para subir a la libertad monárquica; no conviene a todos). **La falsa estrella** (el aplastamiento de un héroe por los políticos de la democracia). **La decadencia** (todo un mundo especial y repugnante). **El Corazón y la ausencia** (lúgubre historia de adulterio, inmoral y pesimista).

Después de la primera guerra mundial, Daudet publicó varias obras acerca de ella, con una clarividencia y un vigor admirables; he aquí las principales: **En la luz** (historia fina de la guerra ardiente y sensual). **El amor es un sueño** (repugnante). **La entremetida** (fisiología inmundada, retirada del comercio por su mismo autor). **Un día de tempestad** (novela metapsíquica, sin indescendencias, pero inquietante). **La sangre de la noche** (novela policíaca). **El Napus, plaga del año 2227** (especie de cuento filosófico, muy divertido, pero algunas páginas sensuales). **Recuerdos de medios literarios, políticos, artísticos y medicales de 1880 a 1905** (aquí hay de todo). **El heredo** (estudio psicológico). **El estúpido siglo diez y nueve** (recomendable para personas mayores). **Sylla y su destino** (lecciones de política para adultos).

En general, pues, no es un autor que pueda recomendarse, y sí muy peligroso.

12.—**Carlos Duclos.** En el Índice: **Historia de Luis XI.** Es un escritor de vida libertina de lo más bajo. Dejó tres o cuatro cuentos interesantes, pero que no son recomendables.

13.—**Pierre Dufour.** En el índice: **Historia de la prostitución en todos los pueblos del mundo.** El nombre verdadero de este escritor es Pablo Lacroix; también se firma Antony Dubourg, y Bibliófilo Jacob. Fecundísimo y eruditísimo, pasó su vida hojeando los libros y documentos de toda especie y logró dar a sus obras gran interés. Fué colaborador de Dumas y escribió tam-

bién novelas históricas y cuentos. Entre éstas pueden señalarse como inofensivas, sin que por eso las recomendemos las siguientes: **Los altos hechos de Assoucy**; **el Dios Papetius**; **El fantasma aparecido del castillo**; **Un hombrecito**; **Aventuras de un huerfanito**, **Cuentos literarios a mis hijos**; **Historia de otro tiempo**.

14.—**ALEJANDRO DUMAS (padre)**. En el Índice: **Omnes fabulae amatoriae**. A pesar de sus numerosas inverosimilitudes, sus ataques a la moral y al buen sentido, su estilo descuidado, sus errores y contrasentidos históricos muy graves, es y será siempre el rey de los novelistas, cuyas obras se editan y reeditan numerosas veces y se leen, desgraciadamente, por infinidad de personas. Escribió o firmó ¡257 volúmenes de novelas! y ¡25 volúmenes de dramas!

Una imaginación fértil, una palabra desbordante, una vivacidad en el relato extraordinario, lo natural de sus diálogos, y por qué no decirlo, la vacuidad de sus ideas, le hacen grato al pueblo que lee.

Su historia no es más que una falsificación

estupenda que ha creado en muchos, una idea falsísima de ciertos personajes. Lo único que pretende es agradar y no le importa mezclar lo cierto, con lo dudoso y lo absolutamente falso, dándolo todo como verdad histórica.

Desde el punto de vista religioso y moral. Dumas sólo quiere que sus personajes sean caballerosos y generosos, y ya pueden entregarse a toda clase de vicios, vengarse, batirse en duelo, suicidarse, burlarse del cielo y del infierno... todo es permitido. Ciertamente por sus obras ha hecho mucho mal, sin pretenderlo, pues no era un hombre perverso, sino un imaginativo, un loco.

Pondremos aquí siguiendo a los críticos, cuatro categorías de sus obras:

a) Obras que caen bajo la condenación expresa o general del Índice:

Acté; **Aventuras de John Davis**; **los Crímenes célebres**; **la Dama de Montsoreau**; **Las dos Dianas**; **las dos Reinas**; **La mujer del collar de terciopelo**; **Fernanda**; **Muchachas, loretas y cortesanas**; **la guerra de las mujeres**; **Nanón de**

# Agua de Colonia Nacional

fina

fresca

fragante...

Calidad Insuperable a Bajo Precio

Cómprela en la

Fábrica Nacional de Licores o en el

# Almacén Robert Hermanos

Lartigues; Madame de Condé; La Viscondesa de Cambes; la abadía de Pessac; Historia de un muerto contada por él mismo; Isaac Laquedem; José Balsamo, Memorias de un médico; Los matrimonios del Padre Oliffus; Los Mohicanos de París; Olimpia de Cleves; Paulina y Pascual Bruno; Los Cuarenta y Cinco; La Reina Margot; La sala de armas; Salvador; Sylvanire; El testamento del Señor Chauvelin; La torre de Nestle; El agujero del Infierno; Un alma que va a nacer; Una muchacha del Regente.

b) Obras que sólo pueden leerse por personas de juicio y con licencia que tienen algunas páginas reprobables: **Amaury; Angel Pitou; Ascanio; el Bastardo de Mauleon** (peligrosísima); **Black** (malsana); **La Bola de nieve; El Chasseneige; El Cazador; El Caballero de Harmenthal; El caballero de la Casa Roja; El collar de las Reinas; Los compañeros de Jehu; El**

**Conde de Monte Cristo** (muchas cosas muy reprobables y muy en el límite para caer en la condenación absoluta). **Emma Lyona; Jacquot sin orejas; Madame de Chamblay; Los Medicis; Miguel Angel y Rafael; Los mil fantasmas; Paulina; La Pesca con red; El sueño; San Felice; Los Estuardos; Los Tres Mosqueteros; Un baile de máscaras; El Vizconde de Bragelone; Veinte años después.**

Téngase presente que todas estas obras de esta categoría, aunque no caigan positivamente bajo la censura del Indice, y puedan llamarse prohibidas en todo el rigor de la palabra; **NO PUEDEN LEERSE** con seguridad de conciencia, por lo peligrosas que son. Es decir, la lectura de estas obras, no tiene la pena que tiene la de las obras de la categoría, y que ya hemos explicado, pero difícilmente se leen sin pecado.

Joaquín Cardoso, S. J.

## La Castidad

De: "Adelante". Panamá.

*Muy puros queréis ver a vuestros elegidos!*

(MUSSET).

### LAS OBJECIONES

Ninguna ley moral ha encontrado ni encontrará jamás en la naturaleza humana mayor oposición que la de la castidad. Por ende, ninguna ha suscitado tantas objeciones; ninguna ha sido atacada con más violencia, ni más declaradamente debatida.

Hay quienes *no toleran siquiera que se les hable de ella*: no se molestan ni aun en examinar el asunto. Cuando San Pablo fué llamado por Félix que deseaba oírle, tocó el tema de la castidad; y luego al punto, el precónsul, como embargado de temor, le despidió.

Hállanse hombres que no se atreven a mirar de frente a la castidad; les infunde miedo. Eluden esta ley de mortificación y de violencia sin querer ni discutirla. Les parece más cómodo seguir sus instintos, a manera de la bestia.

Otros, para tranquilizar su conciencia, traen la ley a litigio, y dicen: Es contraria a las im-

periosas exigencias de la naturaleza, contraria a la salud. Por lo demás, las tentaciones de la vida real son harto numerosas y opresivas; es imposible luchar victoriosamente. Por lo menos, como la juventud ha de pasar, es preciso aprovecharla, y siempre será bueno que cierta experiencia preceda a la vida conyugal. Bien es que un joven "bote los malos humores". Los que conservan la inocencia hasta el matrimonio, si ello sucede todavía, no tardan en hacerse los más perversos. Por el contrario, "los que se han divertido son los mejores maridos".

Así, para esos la ley es prácticamente imposible, o en todo caso inoportuna.

Otros llegan hasta *negar la existencia misma de la ley, o reducen peregrinamente sus reclamos*. Con tal, dicen, que permanezcamos moderados, que no perjudiquemos al prójimo ni a nosotros mismos, nos basta. La ley de la castidad no la encontramos inscrita en parte alguna: y ¿cómo podría Dios reprobar instintos que El mismo nos ha puesto? Esto no es, por lo tanto, sino asunto de circunspección.

Por otra parte, si la ley de castidad existiese, ¿no fuera *abolida por una prescripción uni-*

versal? Y luego "nosotros hacemos lo que hacen todos"; ¿en qué podemos ser culpables?

Muchos, en fin, llevan la osadía hasta *ufanarse de violar la castidad*. Consideran como una simpleza, una debilidad y aun como una vergüenza no contravenir a ella. "El que se quedara casto no sería hombre"!

¿Habré formulado todas las objeciones contra la castidad? No ciertamente: es tan ingenuo el vicio para justificarse a sí propio! Crec, sin embargo, haber dicho las principales; si existen otras, pueden reducirse a las ya apuntadas, y todas se compendian en una de estas tres palabras: *No debo,—no puedo,—eso me es indiferente*. Contra todo esto meditemos.

## LA LEY DIVINA

*Ningún impuro tendrá parte en la herencia del reino de Cristo y de Dios.*—(Epíst. a los efes. V, 5.)

Aun cuando las objeciones contra la castidad crecieran cien veces más en número y solidez, nada valdrían; porque nada podrá prevalecer jamás contra la voluntad de Dios; y aquí voluntad de Dios es ciertísima. La ley que prescribe la castidad es ley divina. Dios la ha instituído con su soberana autoridad: el hombre no puede abrogarla.

Si yo escribiese para protestantes, me alargaría en pruebas tomadas de las Santas Escrituras. Les mostraría la ley de la unidad y de la indisolubilidad del matrimonio, — que ya fulmina el adulterio, — establecida en el Génesis, recordada y renovada por Jesucristo en el Evangelio.

Diríales, con San Agustín, que la expresión: non moechaberis, de los mandamientos dados por Dios a Moisés sobre el Sinaí, se aplica a todo pecado contra la castidad: adulterio, fornicación, impureza de cualquier linaje y alcance.

Les citaría el Evangelio que condena al adulterio y la fornicación, no sólo en hechos sino en deseos voluntarios, y que beatifica la pureza del corazón.

Les adujera, por fin, las palabras de San Pablo, que menciona expresamente, además del adulterio y la fornicación, toda clase de im-

pureza, como pecados graves que excluyen del reino de los cielos.

Pero yo me dirijo a católicos; y amén de tales argumentos extraídos de la Escritura, y que bastaría por sí solos para establecer sólidamente la de la castidad como ley divina, tenemos la autoridad de la Iglesia, infalible en la moral como en el dogma. Pues bien: la Iglesia coloca el de la castidad en el número de los preceptos de Dios. El sexto y el noveno prohíben explícitamente los actos y los deseos contrarios a esta virtud, y no sólo el adulterio y la fornicación, sino cualesquiera otros pecados de impureza.

La ley de la castidad es, pues, evidentemente divina. Se puede formular en estos términos: "Ciertos placeres *voluntarios* de los sentidos no son lícitos en pensamientos, deseos y acciones sino en el ejercicio *legítimo* del derecho o del deber conyugal".

Y he dicho: el ejercicio *legítimo*; para rechazar la extraña y falsa doctrina de cuantos pretenden que en el matrimonio *todo indistintamente* está permitido entre los esposos. No tengo que entrar aquí en más pormenores. A cada uno le toca ponerse en presencia de Dios y de su propia conciencia para precisarse a sí mismo las aplicaciones de la ley; incumbe a cada cual, si le asoma alguna duda, asesorarse no ya por un compañero de corrupción que acaso sonría, se encoja de hombros, o hasta trunque o tenúe la ley interpretándola al antojo de su personal comodidad, sino por una autoridad imparcial y competente. No de otro modo deben proceder los que aspiran a vivir cristianamente en el matrimonio.

---

## QUE ES LA BORRACHERA

Es la deshonra de la Patria; la degeneración de la raza; el mayor obstáculo al progreso; la causa de los crímenes, enfermedades y miserias; el principal agente de la locura; el acelerador de la muerte; la desgracia de la familia; la causante de riñas y venganzas; la que da a los padres hijos raquíticos e idiotas; la que llena los manicomios de locos, los hospitales de enfermos, las cárceles de criminales y el mundo de miseria y el infierno de condenados.

## NOVELA

—No me lo diga usted, doña Ursula. Mire usted que a mí cuando me sobresalto me coge el histórico y me pongo malísima—melindreó Prisca.

—Hija, no creo que la cosa sea para tanto, ni que te llegue tan hondo — reprendió Pantaria, agriamente.—Esa señorita no es tu hermana, ni tu hija, ni tu...

—¡Ay, pero me da mucha vergüenza pensar que estamos viviendo bajo el mismo techo que una peladusca... ¡Pantaria y Prisca Rodés, las sobrinas del Deán de Burgos, en una fonda donde han de codearse con busconas sin decoro! ¡Es tremendo!—gimió Prisca tapándose pudibunda el rostro de pergamino.

—Todo lo tremendo que usted quiera, pero es el Evangelio: lo han visto estos ojos que se ha de comer la tierra. Un beso, se han dado un beso. ¡Es... indignante!—se enfureció la gorda.—Yo, desde el primer día le eché mala mirada a la pollita. No era nada tranquilizador ver a una chica sola por el mundo, y gastando en trapos y en otras cosas de la manera que sólo saben gastar estas mujeres que no saben de dónde sale un duro ni lo que cuesta ganar... No le sucederá así a mi niña, que buenos plantones se da la pobrecita detrás del mostrador. Pero cuando me olió a chamusquina fué cuando Herrero...

—¿Y dice usted que se han ido... los dos?

—Han desayunado en el cenador.

—Seguramente huyendo de nosotras.

—Si hicieran cosa buena no se ocultarían.

—Y luego se han marchado en el auto del forastero.

—¿Solos?

—Solos. Desde aquí puede usted ver el chofer paseándose por la playa. Y ella iba... ya la verá usted cuando vuelva: lleva un traje de seda o de algo que brilla **crépe sátn** será, seguramente, que ahora está muy de moda; y un abrigo de pieles... ¡qué abrigo! De pieles blancas y negras, combinadas, con una toquita que

hace juego... Una porrada de pesetas vale, estoy cierta.

—¡Bah!... A lo mejor son pieles de conejo teñidas. Hoy se imita muy bien—desdenó Prisca.

—¡Qué no sabré yo lo que son pieles, señora! He llevado algunas y muy buenas para que usted se entere, y sé distinguir; una oreja me juego si no le cuesta siete u ocho mil pesetas el abrigo que lleva—afirmó muy ofendida la ferretera.

—¿A ella? En todo caso al desgraciado que haya pagado la factura—silbó Pantaria.

—Bueno; pues esto no puede seguir así—decidió Prisca altivamente.—Nosotras no estamos dispuestas a consentir... Y ahora mismo voy a hablar con María Francisca. O echa a la calle a esa individua o liamos nosotras el petate. . . . .

—¿.....?

—Su fonda de usted, María Francisca, ha tenido de siempre una reputación intachable—empezó a decir Prisca solemnemente,—y esa ha sido la causa de que se viera frecuentada por un público selecto.

—En efecto, señorita, así es—afirmó la hostelera afianzándose los lentes y mirando un poco irónica a las cuatro mujeres;—pero lo dice usted en un tono como si esa buena reputación de mi casa estuviese a punto de...

—De ensuciarse, sí, señora—declaró con brío la gorda ferretera.

—¿Tienen ustedes alguna queja de esta casa, ¿Alguien les ha faltado aquí?—inquirió calmamente, María Francisca.

—Tenemos, que nos sentimos ultrajadas por la convivencia con personas de dudosa conducta moral. Usted lo sabe tan bien como nosotras, sólo que el dinero todo lo tapa y los amigos de la Fajardo, por lo visto pagan muy bien, pero Ud. verá lo que hace, porque si corre la voz de que en La Herradura se admite a cierta clase de mujeres, no va a poner los pies en la fonda

ninguna persona decente. Nosotras, por de pronto, venimos a presentarle a usted el ultimátum: o despide a esa señorita, o en el tren de la tarde salimos de La Herradura.

La Manzaneque soltó su diatriba con el aplomo y el fuego con que un general arenga a su hueste; pero María Francisca no pareció conmoverse lo más mínimo, aun diría yo que a su cara bondadosa asomaba la risa y que hacía grandes esfuerzos por contenerla. Iba a hablar Pantarín Rodés, cuando un bocinazo de automóvil la dejó sin resuello.

—Me parece que le llega un nuevo huésped...—insinuó la niña cursi.

Era una señora elegante, bajita, regordeta... Saltó del hermoso coche de turismo y con paso menudito y ágil, mirando el jardín y la casa mientras andaba, se encontró pronto en medio del grupo que en el vestíbulo formaban las cuatro mujeres y la hostelera.

—Buenos días, señoras — saludó la recién llegada.

—Buenos días—contestaron como un eco, examinándola de pies a cabeza.

Decididamente la modesta fonda de La Herradura había subido de punto porque también la recién llegada era una mujer muy elegante y llevaba un soberbio abrigo de terciopelo negro con pieles grises... y tenía un magnífico automóvil.

—¿Es esta la fonda de María Francisca, verdad?—preguntó mirando a la hostelera.

—La misma, señora; y yo soy María Francisca, para servir a la señora— contestó amablemente la hostelera.

—Celebro mucho conocerla a usted—exclamó la recién llegada, tendiendo su mano enguantada a María Francisca:—yo soy la marquesa de Fajardo... Le agradeceré infinito que me prepare el baño y un buen aposento.

Las cuatro mujeres empezaron a mirarse un tanto desconcertadas. ¿No había dicho "marquesa de Fajardo", y la individua no se llamaba Adelaida Fajardo? ¿Serían parientas? ¿Y a qué venía aquella señora elegante a una fonda como la de María Francisca? A esa pregunta se encargó de responder con otra la recién veni-

da mientras escribía, sin quitarse el guante su nombre en el libro registro.

—¿Los condes de Arústegui, están en casa o han salido?

No se oía una mosca cuando María Francisca, clavando en las cuatro arpias una mirada de provocación, dijo pausadamente:

—No, señora Marquesa, no están en casa... El señor conde y la señora condesa de Arústegui han salido en auto a visitar la ermita de Nuestra Señora...

—Bien, bien; tanto mejor. Me bañaré mientras.

—Cuando quiera la señora Marquesa; ya he dado las órdenes. ¿Quiere seguirme la señora?

Cuando desde el primer descansillo de la escalera se volvió María Francisca a mirar a sus cuatro huéspedes ofendidas, viólas petrificadas e inmóviles en el centro del vestíbulo; parecían cuatro reos convictos y confesos.

¡El conde y la condesa de Arústegui! ¡Luego eran marido y mujer!... ¡Y ellas que habían supuesto!... ¡Qué plancha!

Cuando almorzaron fuéronse los tres a la orilla de la playa y sentados encima de la alfombra de tibias arenas (hacia una tarde templadísima) contáronse muchas cosas. María Riverdal hablaba con una espontaneidad tan viva, alegre y seductora, que Carlos la escuchaba embobado, como si la oyese por primera vez, como si fuese una mujer nueva y desconocida... Adelaida sentada entre los dos, sonreía como una abuela; era en aquellos momentos, más que nunca, la madrinita buena.

—Pero, ¿cómo has venido tú, madrinita? Es decir, ¿cómo has adivinado que debías venir en el preciso momento?—preguntó María, cuando las confidencias fueron depositadas, una a una, en el corazón amable de Adelaida Fajardo.

—¡Ah!, porque yo soy un hada, una hechicera, hija mía, que tengo el don de la oportunidad.

—Y porque yo le puse ayer un telegrama invitándola a presidir nuestra comida de esponsales—declaró Arústegui.

—¿De veras? ¿Vamos a tener una comida de esponsales? ¡Será muy lindo! ¡Has tenido

una gran idea, marido!—palmoteó María como una chicuela.

—Sí; tendremos una comida de esponsales, ya que no la tuvimos... cuando debimos tenerla. Era una sorpresa que te reservaba, pero ya está dicho...

Y Carlos Arústegui era tan feliz... tan feliz al ver el gozo purísimo que se reflejaba en la cara ingenua de su mujer...

—Se me ocurre una idea—propuso la Marquesa:—podíamos invitar a comer a esa señora gorda y a su niña con las dos viejas flacas que os criticaban esta mañana cuando yo llegué. Es muy pintoresco. María Francisca me ha contado que habían tomado a María por una aventurera... ¡Pobres mujeres!

—No, no las invites, madrinita—decidió Carlos.—Solos, Solitos los tres... No queremos extraños entre nosotros.

—Probablemente, hasta yo voy a estorbaros—insinuó riéndose Adelaida Fajardo.—Ya era hora de que os viese así. No creáis que también me he pasado a cuenta vuestra muy malos ratos, y tenía mis remordimientos y todo porque, al fin, yo también intervine en vuestro casamiento... Pero si estorbo...

—No, digas esas cosas, madrinita...—corrió Carlos abrazándola cariñosamente.

—Tú eres nuestra madrinita buena...—murmuró María dejando caer la cabeza sobre su hombro.

La madrinita acercó las dos cabezas hasta juntarlas sobre su pecho y allí se estuvieron los tres fundidos en la dulzura de esta caricia maternal hasta que la campana del vecino pueblo empezó a tañer lentamente la oración de la tarde.

Como todas las noches, el cóncave se había reunido junto a la chimenea, pero al pasar la Marquesa, Carlos y María que iban hacia el comedor, un silencio grave y respetuoso les acogió en lugar del maldiciente murmullo que surgía siempre al paso de la Condesa. Como hipnotizadas, las cuatro mujeres siguieron al terceto y tomaron asiento en sus mesas. En la de los señores de Arústegui, María Francisca había puesto sus mejores manteles de Rentería y se había procurado Dios sabe a qué precios, las más her-

mosas flores de la ciudad; todas blancas, rosas y crisantemos, cuyo perfume acre contrastaba con la deliciosa fragancia de los últimos jazmines y de los primeros jacintos. Era orden del conde de Arústegui; flores, sin reparar en dispendios. ¿Cuándo se había visto, en la fonda de Rincón de la Herradura, una mesa puesta con aquel derroche de flores? El conde de Arústegui vestía de etiqueta y la Marquesa, a quien daba el brazo, llevaba un maravillosa vestido malva con unas esmeraldas soberbias. En cuanto a María... ésta había tenido una emoción muy viva cuando al abrir la puerta de su cuarto vió extendido sobre su cama el blanco traje de novia sobre el cual resbaló con una indiferencia suprema la glacial mirada del conde de Arústegui el día de sus bodas. Detúvose la muchacha indecisa en el umbral del aposento, mirando la visión blanca y purísima del traje nupcial y evocando a su vista los penosos recuerdos de los días pasados; aquella hora trágica en que fué valiente caminando hacia lo desconocido con la imprudente audacia de los ignorantes.

“¿Cómo había llegado hasta allí aquel vestido? ¿Quién lo trajo?”

—María—dijeron a su espalda con emocionada voz en la que vibraba una humilde súplica.

Volvióse. Era Carlos, que se detenía a su lado en el umbral de la puerta. Alzó ella los ojos y le miró con expresión interrogativa.

—María, te ruego que te pongas ese traje. Aquel día... ¡perdóname!, estaba demasiado afuscado para mirarte... ¡no te ví! Y ahora eres mi novia... mi novia blanca. Todavía mi novia y no mi mujer... Esta noche es en verdad la comida de nuestras nupcias... Vístete de blanco, María, como una novia feliz...

Imploraban sus ojos, pedía, rogaba todo él. Y María prometió. Pero, ¿cómo había llegado hasta allí aquel vestido? Junto al tocador, en un jarro vulgarísimo de loza, veíase un enorme ramo de rosa sblancas; ella las conoció, las había visto muchas veces. Eran las rosas incomparables del jardín de Figuerola. Pero, ¿cómo?... Porque Adelaida vino directamente desde el Coto, Entonces, de la sombra, salió impecable la silue-

ninguna persona decente. Nosotras, por de pronto, venimos a presentarle a usted el ultimátum: o despidе a esa señorita, o en el tren de la tarde salimos de La Herradura.

La Manzaneque soltó su diatriba con el aplomo y el fuego con que un general arenga a su hueste; pero María Francisca no pareció conmoverse lo más mínimo, aun diría yo que a su cara bondadosa asomaba la risa y que hacía grandes esfuerzos por contenerla. Iba a hablar Pantaria Rodés, cuando un bocinazo de automóvil la dejó sin resuello.

—Me parece que le llega un nuevo huésped...—insinuó la niña cursi.

Era una señora elegante, bajita, regordeta... Saltó del hermoso coche de turismo y con paso menudito y ágil, mirando el jardín y la casa mientras andaba, se encontró pronto en medio del grupo que en el vestíbulo formaban las cuatro mujeres y la hostelera.

—Buenos días, señoras — saludó la recién llegada.

—Buenos días—contestaron como un eco, examinándola de pies a cabeza.

Decididamente la modesta fonda de La Herradura había subido de punto porque también la recién llegada era una mujer muy elegante y llevaba un soberbio abrigo de terciopelo negro con pieles grises... y tenía un magnífico automóvil.

—¿Es esta la fonda de María Francisca, verdad?—preguntó mirando a la hostelera.

—La misma, señora; y yo soy María Francisca, para servir a la señora— contestó amablemente la hostelera.

—Celebro mucho conocerla a usted—exclamó la recién llegada, tendiendo su mano enguantada a María Francisca:—yo soy la marquesa de Fajardo... Le agradeceré infinito que me prepare el baño y un buen aposento.

Las cuatro mujeres empezaron a mirarse un tanto desconcertadas. ¿No había dicho "marquesa de Fajardo", y la individua no se llamaba Adelaida Fajardo? ¿Serían parientas? ¿Y a qué venía aquella señora elegante a una fonda como la de María Francisca? A esa pregunta se encargó de responder con otra la recién veni-

da mientras escribía, sin quitarse el guante su nombre en el libro registro.

—¿Los condes de Arústegui, están en casa o han salido?

No se oía una mosca cuando María Francisca, clavando en las cuatro arpias una mirada de provocación, dijo pausadamente:

—No, señora Marquesa, no están en casa... El señor conde y la señora condesa de Arústegui han salido en auto a visitar la ermita de Nuestra Señora...

—Bien, bien; tanto mejor. Me bañaré mientras.

—Cuando quiera la señora Marquesa; ya he dado las órdenes. ¿Quiere seguirme la señora?

Cuando desde el primer descansillo de la escalera se volvió María Francisca a mirar a sus cuatro huéspedes ofendidas, viólas petrificadas e inmóviles en el centro del vestíbulo; parecían cuatro reos convictos y confesos.

¡El conde y la condesa de Arústegui! ¡Luego eran marido y mujer!... ¡Y ellas que habían supuesto!... ¡Qué plancha!

Cuando almorzaron fuéronse los tres a la orilla de la playa y sentados encima de la alfombra de tibias arenas (hacía una tarde templadísima) contáronse muchas cosas. María Riverdal hablaba con una espontaneidad tan viva, alegre y seductora, que Carlos la escuchaba embobado, como si la oyese por primera vez, como si fuese una mujer nueva y desconocida... Adelaida sentada entre los dos, sonreía como una abuela; era en aquellos momentos, más que nunca, la madrinita buena.

—Pero, ¿cómo has venido tú, madrinita? Es decir, ¿cómo has adivinado que debías venir en el preciso momento?—preguntó María, cuando las confidencias fueron depositadas, una a una, en el corazón amable de Adelaida Fajardo.

—¡Ah!, porque yo soy un hada, una hechicera, hija mía, que tengo el don de la oportunidad.

—Y porque yo le puse ayer un telegrama invitándola a presidir nuestra comida de esponsales—declaró Arústegui.

—¿De veras? ¿Vamos a tener una comida de esponsales? ¡Será muy lindo! ¡Has tenido

una gran idea, maridito!—palmoteó María como una chicuela.

—Sí; tendremos una comida de esponsales, ya que no la tuvimos... cuando debimos tenerla. Era una sorpresa que te reservaba, pero ya está dicho...

Y Carlos Arústegui era tan feliz... tan feliz al ver el gozo purísimo que se reflejaba en la cara ingenua de su mujer...

—Se me ocurre una idea—propuso la Marquesa:—podíamos invitar a comer a esa señora gorda y a su niña con las dos viejas flacas que os criticaban esta mañana cuando yo llegué. Es muy pintoresco. María Francisca me ha contado que habían tomado a María por una aventurera... ¡Pobres mujeres!

—No, no las invites, madrinita—decidió Carlos.—Solos, Solitos los tres... No queremos extraños entre nosotros.

—Probablemente, hasta yo voy a estorbaros—insinuó riéndose Adelaida Fajardo.—Ya era hora de que os viese así. No creáis que también me he pasado a cuenta vuestra muy malos ratos, y tenía mis remordimientos y todo porque, al fin, yo también intervine en vuestro casamiento... Pero si estorbo...

—No, digas esas cosas, madrinita...—cortó Carlos abrazándola cariñosamente.

—Tú eres nuestra madrinita buena...—murmuró María dejando caer la cabeza sobre su hombro.

La madrinita acercó las dos cabezas hasta juntarlas sobre su pecho y allí se estuvieron los tres fundidos en la dulzura de esta caricia maternal hasta que la campana del vecino pueblo empezó a tañer lentamente la oración de la tarde.

Como todas las noches, el cónclave se había reunido junto a la chimenea, pero al pasar la Marquesa, Carlos y María que iban hacia el comedor, un silencio grave y respetuoso les acogió en lugar del maldiciente murmullo que surgía siempre al paso de la Condesa. Como hipnotizadas, las cuatro mujeres siguieron al terceto y tomaron asiento en sus mesas. En la de los señores de Arústegui, María Francisca había puesto sus mejores manteles de Rentería y se había procurado Dios sabe a qué precios, las más her-

mosas flores de la ciudad; todas blancas, rosas y crisantemos, cuyo perfume acre contrastaba con la deliciosa fragancia de los últimos jazmines y de los primeros jacintos. Era orden del conde de Arústegui; flores, sin reparar en dispendios. ¿Cuándo se había visto, en la fonda de Rincón de la Herradura, una mesa puesta con aquel derroche de flores? El conde de Arústegui vestía de etiqueta y la Marquesa, a quien daba el brazo, llevaba un maravilloso vestido malva con unas esmeraldas soberbias. En cuanto a María... ésta había tenido una emoción muy viva cuando al abrir la puerta de su cuarto vió extendido sobre su cama el blanco traje de novia sobre el cual resbaló con una indiferencia suprema la glacial mirada del conde de Arústegui el día de sus bodas. Detúvose la muchacha indecisa en el umbral del aposento, mirando la visión blanca y purísima del traje nupcial y evocando a su vista los penosos recuerdos de los días pasados; aquella hora trágica en que fué valiente caminando hacia lo desconocido con la imprudente audacia de los ignorantes.

“¿Cómo había llegado hasta allí aquel vestido? ¿Quién lo trajo?”

—María—dijeron a su espalda con emocionada voz en la que vibraba una humilde súplica.

Volvióse. Era Carlos, que se detenía a su lado en el umbral de la puerta. Alzó ella los ojos y le miró con expresión interrogativa.

—María, te ruego que te pongas ese traje. Aquel día... ¡perdóname!, estaba demasiado afuscado para mirarte... ¡no te ví! Y ahora eres mi novia... mi novia blanca. Todavía mi novia y no mi mujer... Esta noche es en verdad la comida de nuestras nupcias... Vístete de blanco, María, como una novia feliz...

Imploraban sus ojos, pedía, rogaba todo él. Y María prometió. Pero, ¿cómo había llegado hasta allí aquel vestido? Junto al tocador, en un jarró vulgarísimo de loza, veíase un enorme ramo de rosa sblancas; ella las conoció, las había visto muchas veces. Eran las rosas incomparables del jardín de Figuerola. Pero, ¿cómo?... Porque Adelaida vino directamente desde el Coto. Entonces, de la sombra, salió impecable la silue-

ta amiga y familiar de Margarita con su cofia y su delantalito plegado.

—Espero las órdenes de la señora Condesa —saludó inclinándose.

¿Soñaba? ¿Era verdaderamente un hada la madrinita buena? Abrazó a Margarita, besóla amablemente como una chiquilla impulsiva.

—¡Soy muy feliz, Margarita!, ¿sabes? Y es preciso que me pongas ese traje... mi traje de novia... porque esta noche soy de verdad y al fin, una novia dichosa. Prepárate porque de hoy en adelante voy a mostrarme más exigente.

—La señora Condesa no necesita mostrarse exigente para ser la novia más bella del mundo...—contestó emocionada la discreta doncella.

—Pero, ¿cómo estás aquí?

—La señora marquesa de Fajardo nos hizo venir a Manuel y a mí.

—¿También a Manuel?...

A Manuel y a esas rosas para adornar el traje de la señora. Son de Figuerola.

María hundió la cabeza en el fragante ramo y besó las flores como en aquella memorable mañana.

—¡Oh, qué felices vamos a ser todos ahora!—murmuró.

Un cuarto de hora después, entró en el comedor delante de Adelaida y de Arústegui, sonriendo con ojos triunfadores a las viejas arpias, blanca, ingenua, gentil, como la novia dulce, cándida y pura que era. El **menú** era exquisito. María Francisca dirigía el servicio puesta en pie tras la silla de la Marquesa. El camarero descorchó el **champagne**... Arústegui se levantó con su copa llena y desgranó con cálida voz un brindis muy breve mirando tiernamente a su mujer.

—¡Por nuestra dicha!

Chocaron las tres copas con un tintineo argentino y suave, con una nota larga y vibradora... Adelaida Fajardo sonreía al probar el **champagne** con levísimo sorbo; quizá entreveía cercano otro sueño muy bello, para dentro de algunos cuantos meses... Miró al fondo de la copa áurea... y le pareció que allí se juntaban sonriendo unas cabecitas de niños. Rubias y morenas. La rubia tenía la sonrisa de Arústegui, y la

morena los ojos peregrinos de María Riverdal; le pareció que las dos boquitas se abrían y murmuraban deliciosamente un nombre como una caricia...

—¡Madrinita buena...!

Habían terminado de comer y María se levantaba para tomar el café en el salón junto a la chimenea, ya que las arpias tuvieron a bien cederles un ángulo de ella.

—¿Qué haces, madrinita?—preguntó Carlos al verla tan abstraída.

—¡Soñaba, hijo de mi alma!

Y le miró vagamente, en efecto, como el que descende del alcázar de la Quimera a las frías realidades de la prosa.

## CAPITULO XVI

... y sembró el bien por donde pasó

Salieron del Rincón de la Herradura una esplendorosa mañana de magnífico sol. Era tan vivo el agradecimiento que María guardaba para aquellos lugares donde encontró la plenitud de la dicha terrenal que al tender la mano a María Francisca en el último escabel de la escalera doselada por el parral, tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¡He sido tan feliz aquí!—explicó con una sinceridad encantadora, mientras temblaban dos lagrimones al borde de las pestañas maravillosas.—Por eso no le digo a usted "adiós", María Francisca. ¿Verdad que volveremos el año que viene, Carlos?

Arústegui sonrió aquiescente; su mujer hubiese podido pedirle la luna sin temor a que él se la negase.

—Si es tu gusto, volveremos, querida. También a mí me gusta mucho el Rincón de la Herradura... y la fonda de María Francisca.

La buena mujer se inclinó muy agradecida.

—Los señores son muy amables—dijo pausadamente—y yo tendré una gran satisfacción en recibirles en mi casa, sólo que deberán pedirme las habitaciones con anticipación, a fin de poderles reservar las mejorcitas.

Continuará.

## La Asunción de María

Llegó la Santísima Virgen a los 72 años de edad, cuando se le apareció el arcángel San Gabriel para anunciarle de parte de Dios, el día y la hora de su feliz tránsito de este valle de lágrimas a la celestial Jerusalén; esta fué noticia que la alegró sobremanera.

Dios que ensalza a los humildes, quiso honrar a su Madre santísima, por lo que prodigiosamente para ese gran misterio, hizo venir a los apóstoles y discípulos esparcidos por todos los lugares donde entonces se predicaba el Evangelio.

El 13 de Agosto del año 57 de nuestra era, estando rodeada de los creyentes que habían venido a despedirse y recibir su bendición, consolándolos a todos y animándolos a que sigan trabajando por la propagación del Evangelio, asegurándoles que desde el cielo los protegería y rogaría por ellos, entregó su alma al Creador. Sepultada en Getsemaní, durante tres días los Angeles alternaban con los discípulos del Señor, alabanzas a Dios, escuchándose al mismo tiempo celestiales músicas, las que cesaron al tercer día.

Entonces por rara coincidencia llegó el apóstol Santo Tomás, quien para convencerse de la muerte de la Virgen, quiso ver el sepulcro. Levantando la loza funeraria sólo se encontró los lienzos de las mortajas y un aroma de delicados perfumes. El cuerpo de María se había unido a su alma y había entrado en la gloria, donde sentada a la diestra de su Hijo, fué coronada por la augusta Trinidad como reina de todo lo creado.

La muerte y corrupción del cuerpo es castigo del pecado; María no tuvo ni la sombra del pecado original, por lo que su cuerpo, como el de su Hijo, no podía conocer la corrupción de la carne. Jesús, que resucitó al tercer día, quiso que su Madre resucitara también.

Desde la época apostólica se celebra esta fiesta conocida por el sueño de María, o el Tránsito, pero al anunciarnos la Iglesia la Asunción de María, se comprenden varios misterios de esta sola festividad. **Diego Steph.**

De Revista Mercedaria, Córdoba, Argentina.

## SEGURO DE EDUCACION

**Este es un seguro de grandes ventajas para los padres que enfoquen bien el problema de la educación de sus hijos.**

**Este seguro garantiza la educación de los hijos aunque mueran los padres.**

**La única herencia real y verdadera que un padre puede dejar a su hijo.**

**SIRVASE CONSULTARNOS SU CASO PARTICULAR ESTAMOS A SUS ORDENES.**

**Banco Nacional de Seguros.**

## Faltas de Urbanidad Religiosa

Aún quedan por contestar algunas preguntas relativas al trato de la Sagrada Eucaristía:

—¿Constituye falta de urbanidad religiosa pasar por delante del Sagrario, la primera vez en la mañana o en la tarde o después de largo rato, sin detenerse unos momentos a saludar al Señor...?

—Claró está, que es falta.

Es de una educación elemental saludar a cualquiera que se encuentra, con un: buenos días o buenas tardes nos dé Dios.

Pues es lo menos que se puede decir al Señor en el Sagrario, cuando, por primera vez, nos encontramos con El en la mañana o en la tarde.

Cierto que si le vemos muchas veces, como es cuando estamos ocupados en torno suyo, no es necesario que le recemos y saludemos siempre que pasemos...

Basta con que lo hagamos al principio, alguna vez durante el tiempo en que nos hallemos cerca de El y, al final, para despedirnos de su presencia eucarística.

¿Cómo sentirá el Corazón de Jesús esos abandonos y olvidos de algunas personas que entran de la calle a la sacristía o viceversa, sin saludarle siquiera con un Padrenuestro... o una palabra de adoración y amor!

Alguien nos ha preguntado: —¿Es falta de urbanidad religiosa, sentarse en presencia del Santísimo solemnemente expuesto, sea durante la visita, sea en los demás cultos...?

—No creemos.

En ninguna parte se prescribe (que nosotros sepamos), la Visita al Santísimo de rodillas.

Es más, en toda visita entre personas, aun de distinto plano social, se permite sentarse. Lo mismo pensamos nos permitirá el Señor.

Si se trata de turnos de vela, la edificación de los fieles pide que se hagan de rodillas.

Así lo dispone la costumbre generaliza-

da entre los miembros de las diferentes asociaciones eucarísticas.

Es el pequeño tributo de sacrificio que se nos manda.

En los demás cultos, v. gr., Rosario, Novenas, pláticas o sermones, aunque se halle el Santísimo expuesto, se puede uno sentar con modestia, cuando corresponda.

Z. GAMA, *Pbro.*

---

### LECCION A UN SABIO POR UN "TONTO"

—¡Ya no hay necesidad de Dios!, decía un sabiondo, un pobre "hombre fuerte", a un sencillo campesino. ¡La ciencia lo reemplaza todo!, decía el pobre sabiondo.

—¡Puede ser!—dijo el prudente campesino, con una sonrisa maligna...!; yo ví, el otro día, una máquina prodigiosa... Por un lado introducía un ¡haz de heno! y por el otro se... sacaba leche!

—¡Ya ve usted!—dijo el sabiondo campan- te—, ya verá con el tiempo cosas más pasmosas. ¡Oh, la ciencia moderna!...

—Sólo que esa máquina replicó el astuto y sereno campesino—¡no ha sido inventada por la ciencia!; porque... esa máquina... era mi "vaca". ¡Oh gran poder de mi gran Dios!

---

### AVERGUENZATE

Averguézate de que tus acciones estén en desacuerdo con tus principios.

Averguézate de comprometer con tu conducta la causa católica. El mayor daño para esa causa no es la oposición declarada de los adversarios, sino el "dejar hacer" de los que se llaman buenos.

Averguézate de no tener diez minutos para estudiar tu religión, mientras gastas tantas horas ante el espejo acicalándote y embelleciéndote.

Averguézate de leer más novelas que libros, de piedad, de conocer mejor las heroínas del deporte que las de la virtud, y de admirar más las estrellas de Wollywood que las santas de la Iglesia.

## Sensible Fallecimiento en San Pedro de Poás

El sábado 12 de los corrientes falleció en este pueblo la señorita Margarita Ugalde, con fortada con los Santos Sacramentos.

Honda pena y grande tristeza embarga los corazones de todos los que la conocimos y supimos apreciar sus virtudes; y la buena voluntad que prestaba desde hacía tantos años al servicio de la Iglesia.

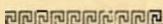
Era toda para el Divino Jesús; y con el precioso nombre que llevaba imitaba aquella Margarita María a quien tanto amaba el Corazón de Jesús.

Ya habrá recibido el premio de todos sus desvelos y trabajos incansables. El cortejo que acompañó su cadáver en sus funerales y entierro, demostraron una vez más el cariño que tenían a su persona.

Ahora se puede decir de ella, que es una preciosa Margarita escogida de Jesús a quien tanto amó y sirvió, para adornar el Jardín Celestial.

El más sentido pésame a sus hermanos, sobrinos y demás familia.

F. del Cm. R. S.



## Conceptos del Deber

(Tomado de Revista Farmacéutica de Medellín).

El deber es principio y base de todas las cosas nobles en la vida, y es la virtud que más enaltece. De su observancia depende el mayor o menor grado de prestigio que el ser humano pueda tener, y su incumplimiento, en todos los órdenes de la vida, conduce al fracaso y al descrédito.

Es el deber que nos conforta y sostiene cuando la adversidad nos abate, nos alienta para vencer las dificultades y nos estimula para llevar a feliz término los problemas que puedan presentárenos, sin que nuestro crédito se menoscabe. Es el deber que nos aparta de las tentaciones porque nos infunde valor y sólo los cobardes los que no tienen voluntad, son los que ceden a ellas. Es el deber que nos guía hacia la buena senda de la vida y nos ayuda a aprender y a obedecer. Smiles, el gran escritor y médico inglés decía: "los hombres inspirados por los principios elevados saben sacrificar todo lo que aman y estiman antes que faltar a su deber".

En todas las fases de la vida, es el cumplimiento del deber lo que pudiéramos llamar la llave del éxito porque cuando no ajustamos nuestros actos a él se desploman, cual castillo de naipes, todas nuestras aspiraciones. En la lucha por los derechos éstos deben constituir el medio, nunca el fin, para lograr el bien general. Como fin

sólo debemos emplear el deber ya que el cumplimiento del mismo es lo que crea el mejoramiento en la comunidad. Y decimos que debe constituir el derecho el medio y no el fin, porque cuando se alegan los derechos como fin, una vez obtenidos, los mismos, se da término a la lucha sin que, en ningún caso, los que con ellos se benefician, se preocupen en lo más mínimo de la suerte que corra los que los ayudaron a obtenerlos porque como el fin perseguido era su obtención, una vez logrados no hay nada que los obligue a proceder de otra forma. No sucede así cuando el deber constituye el fin, porque entonces él obliga a los beneficiados, cuando se llega a la consecución de los ansiados derechos, a preo-

# SIMPLICITY

EL PATRON MAS EXACTO

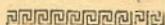
EL MAS ELEGANTE

LO ENCONTRARA USTED EN LA

## TIENDA DE DON NARCISO

cuparse por los problemas que confrontan los que con su cooperación contribuyeron a la obtención de esos derechos.

Todos tenemos deberes que cumplir, los mismos, no son privilegios del rico ni del pobre, de la mujer ni del hombre. Ningún ser consciente puede sustraerse a su influjo porque todos estamos obligados a cumplirlos. Abarcan una extensión tal, que sería imposible condensarla en el estrecho espacio de un artículo. Sobre ellos se han escrito infinidad de libros. De ellos han hablado todos los sabios del mundo. Limitémosnos pues, a decir que empiezan en nuestro amor a Dios y prosiguen después en todos los aspectos de la existencia humana. Ellos impiden que seamos egoístas porque nos prohíben vivir la vida para el sólo bien propio y nos ordenan que vivamos principalmente para el bien colectivo. Sobre este punto, Platón decía: "buscando el bien de nuestros semejantes encontramos el nuestro".



## Yo creo en Dios

Antonio de la Roca

Yo creo en Dios... mis ansias y mis cuitas  
que en vano busca el corazón calmar  
me dicen con sus voces infinitas  
hay un Dios que debemos adorar.

¡Yo creo en Dios! la sed que siente el alma  
en esas horas de perdida paz,  
me habla de una dicha y de una calma  
que en esta tierra encontraré jamás.

Yo creo en Dios cuando el dolor pedazos  
al alma dolorida arranca cruel,  
si así estos duros, terrenales lazos  
rompiendo entonces más me acerca a El.

¡Yo creo en Dios...! la nube nacarada  
que rasga el rayo en su fulgor vivaz,  
me dice que esa lumbre es tu mirada,  
y que te escondes de su luz detrás.

Todo me habla de tí desde la ola  
que inmensa anega la extendida playa  
hasta la suave, mortecina viola  
que al postrer rayo de la luz desmaya.

Son pues, los deberes, como se ve los que conducen al mejoramiento al ser humano. De ahí, por tanto, la importancia de que inspiremos en ellos nuestras determinaciones y de que amoldemos nuestros propósitos y aspiraciones a su cumplimiento. No pretendamos evadir nuestra responsabilidad del marco que ellos nos señalan, porque sólo dentro del mismo obtendremos victorias firmes y decisivas.

En esta hora incierta que asola al mundo, y nuestra patria está en peligro es por ello imperativo, más que nunca, la observancia y la responsabilidad del deber. Martí, nuestro sublime y sabio apóstol dijo: "al placer se despiertan los hombres. Al deber ha de haber quien les toque la puerta todos los días", no esperemos en esta ocasión, en que nuestra querida patria necesita de la cooperación de todos sus hijos, a que haya que tocarnos la puerta para despertarnos al fiel cumplimiento del deber.

(De "El Heraldo Farmacéutico", de Cuba.

Todo me habla de tí; la frágil nave  
que de su estela las espumas deja,  
el arrullo dulcísimo del ave,  
y el lejano balido de la oveja...

¡Oh Dios de mis amores en tí creo!  
de mi fe y de mi amor éste es el grito;  
tu ciencia y tu poder doquiera veo  
si en todas partes lo dejaste escrito.

¿Por qué ese ser en cuya altiva frente  
pusiste un rayo de tu luz divina  
a negarte se atreve osadamente  
y no acaata tu ley ni tu doctrina?

¡Oh Dios de mis amores! a los pocos  
que ateos a sí mismos se proclaman,  
que blasfeman de tí, ciegos y locos,  
¡perdona por los muchos que te aman!

Xelajú, marzo de 1943:

(De "Criterio", San Salvador.)

## Algunas Reliquias de la Pasión

**Corona de Espinas.** — Corona que, por mofa, pusieron sobre la cabeza del Redentor, constaba de ramitas espinosas, colocadas y apoyadas en forma de casco sobre una especie de aro o guirnalda de juncos. De esta reliquia nos hablan, entre otros, San Paulino de Nola y San Gregorio de Tours. El aro se conserva en Nuestra Señora de París. Venerábase antes en la Ca-

pilla Imperial de Constantinopla; fué vendida después en Venecia; y de allí lo rescató, en subido precio, San Luis, rey de Francia.

Las espinas se hallan repartidas en diferentes iglesias de la cristiandad. Toledo conserva tres; Alcalá, dos; Segovia, una; Tréveris, una de once centímetros y siete más pequeñas; otras hay en Roma, Venecia, Florencia y Pisa.



## RECETAS DE COCINA

### PASTA PARA PASTEL

(Receta pedida por una suscritora)

- 3 tazas de harina.
- 3 cucharadas de manteca.
- 1 cucharadita de sal.

Se pone la harina cernida con sal en la tabla de amasar, se le hace un hueco en el centro y ahí se pone la manteca y se le va agregando agua muy fría revolviendo con un cuchillo hasta que se forme una pasta que se pueda amasar, que quede suave, se amasa luego un momento para emparejarla. Se coloca en un plato hondo y se deja reposar durante una media hora en la refrigeradora o en un lugar fresco. Se pone esta pasta en la tabla de amasar enharinada y se extiende con el bolillo en forma de rectángulo espolvoreándolo con poca harina, se vuelve a doblar en tres y se parte a la mitad y cada mitad se extiende con el bolillo espolvoreándola con harina hasta que esté de medio centímetro de espesor. Se unta un molde

de pastel de manteca y se forra con una de las pastas, se rellena con lo que se quiera, se le unta agua fría en el borde y se tapa con la otra pasta uniendo bien los bordes. Se recorta lo que sobra de pasta alrededor y con un tenedor se va aplastando para que se paguen bien. Se pone un huevo crudo en un plato hondo se le agrega una cucharada de agua fría y se bate un poco y con una brocha se le unta por encima al pastel. Con un tenedor se punza por encima el pastel para que no se abolle.

### ENSALADA DE TOMATES

Se escogen tomates grandes se les corta una tapita por encima y por abajo y luego se parten en tres tajadas. Se hace una mayonesa. Se pica finamente una cebolla y dos huevos duros y se mezclan con la mayonesa y se revuelven bien; las tajadas de tomate se colocan en un platón sobre hojitas de lechuga tierna, encima se les pone la mayonesa preparada se espolvorean con perejil finamente picado y se adornan con rabinos pelados en forma de flor.

**Apoye la buena prensa,  
consiguiéndonos más suscritores.**

# Betina de Holst Hijos

*le ofrece*

**CINTAS DE GRO, RASO y TAFETAN**  
en todos colores y anchos

## Aproveche

LAS FACILIDADES QUE EN SU

# SECCION DE AHORROS

— LE OFRECE EL —

# Banco de Costa Rica

### CONSULTORIO OPTICO "RIVERA"

Exámenes científicos de la vista.

LENTES Y ANTEOJOS DE TODO:  
PRECIOS

Frente al Gran Hotel Costa Rica

### En la TIENDA de CHEPE ESQUIVEL

Avenida Central. Esquina opuesta de  
Mercado

Encontrará Usted las mejores

# COBIJAS

!!Prepárese para el frío!!